

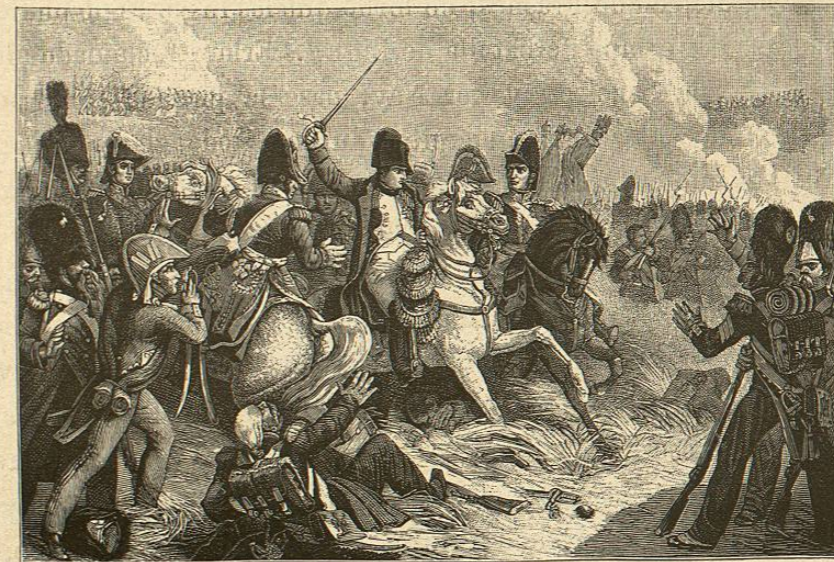
aliados entrasen en Francia, defendiéndose entre el Sena y el Marne, lo cual le permitía reunir las tropas de las fronteras y las que continuaban armándose en aquellos momentos, ó bien tomar la ofensiva y caer solamente con una parte de sus fuerzas sobre el ejército más próximo, vencerle, y ayudado por el prestigio de una victoria, aplastar á los aliados en la línea del Rin. Este último plan era el que presentaba mayores probabilidades de éxito y el que Napoleón escogió. En 14 de Junio se presentó en la frontera de Bélgica, en medio de su ejército, que con prodigiosa habilidad se había concentrado en el Sambre, sin despertar las sospechas de los Ingleses ni de los Prusianos, y viéndose desde el principio de esta campaña de cuatro días brillar el genio de Napoleón, fecundísimo como nunca en grandes recursos. Wéllington permanecía sobre el Escalda, con su cuartel general en Bruselas y apoyándose en el litoral; Blucher en el Mosa, con su cuartel general en Namur y su base de operaciones sobre el Rin. El Emperador resolvió separar los dos ejércitos enemigos y batir primeramente á Blucher, arrojándose en seguida sobre Wéllington. Conociendo el carácter de ambos generales y las cualidades de sus tropas, esperaba que Blucher tardaría más en ser socorrido por Wéllington que Wéllington por Blucher. Mientras que el ejército francés se concentraba en la frontera entre Philippeville y Solre-sur-Sambre, acudiendo por columnas separadas desde Metz, París, Mezieres y Laón, las guarniciones de las plazas francesas del Norte, desde Dunkerque á Maubeuge, verificaban maniobras para hacer creer á Wéllington que Napoleón desembocaría por Mons en dirección á Bruselas (1).

En 15 de Junio fué sorprendida en Charleroi la división prusiana de Ziethen, que presentó poca resistencia. Desgraciadamente, la desertión del general Bourmont, efectuada en la madrugada del mismo día 15, sin prestar ningún auxilio directo al enemigo, vino á sembrar entre los soldados gérmenes de desconfianza contra sus jefes. Los prusianos fueron rechazados al galope hasta Fleurus, y las divi-

(1) Puede verse en la novela de Thackeray, *La feria de la vanidad*, un cuadro lleno de vida que pinta la sorpresa del ejército inglés al tener noticia de la entrada de Napoleón en Bélgica.

siones francesas se establecieron en la orilla izquierda del Sambre, sin ocupar, sin embargo, en el camino de Namur á Bruselas, la posición de Quatre-Bras, que entonces hubieran podido conquistar fácilmente. Ney, á causa de un error en la apreciación de las fuerzas que tenía á su frente, no maniobró con bastante rapidez, y los aliados pudieron evitar así el quedar separados desde el primer día.

Al día siguiente, Napoleón encargó á Ney que con 20.000 hombres arrojase á los ingleses de Quatre-Bras, en donde hubiera podido



Napoleón en Mont Saint-Jean. (Copia de un cuadro de Steuben)

pernoctar la vispera, mientras que él atacaría á Blucher y á sus prusianos, que ocupaban la meseta de Bry, entre Fleurus y Sombreffe, protegidos en su frente por el riachuelo de Ligny, cuyas orillas estaban defendidas por los pueblecillos de Saint-Amand y Ligny. La batalla, empezada á las tres de la tarde, duró hasta la noche y fué sumamente terrible. Los pueblecillos, conquistados y perdidos alternativamente, quedaron por fin en poder de las tropas francesas; pero dueños los Prusianos de las alturas situadas detrás del Rin, opusieron una obstinada resistencia. Napoleón, convencido de que Ney sólo tenía frente á él la vanguardia, le recomendó que, después de haberse apoderado de Quatre-Bras, se lanzase sobre los Prusianos, contando también con que la división de Drouet de Erlón, que se hallaba

situada entre los dos ejércitos, podría servir de refuerzo en aquel punto en que su presencia fuese más necesaria. Desgraciadamente, Ney había tropezado con todo el ejército inglés, por lo que la batalla fué tan encarnizada como la de Ligny; el mariscal demostró en ella su acostumbrado heroísmo, pero se le vió presa de una sombría inquietud. «¿Veis esas balas?—decía á sus ayudantes,—quisiera que todas ellas me diesen en el vientre...» Los Ingleses quedaron dueños de Quatre-Bras, y Ney, aunque no contaba más que 16.000 hombres contra más de 35.000, conservó también su línea de batalla y no pudo ser desalojado de Frasnes; de modo que los Ingleses no pudieron posesionarse del campo de batalla de Ligny. Erlón, reclamado alternativamente por Napoleón y por Ney, pasó la jornada misérrimamente, errando entre ambos ejércitos durante todo el día y siendo tan inútil al uno como al otro; sin embargo, el objetivo principal, ó sea la separación de Ingleses y Prusianos, se había logrado.

En la tarde del 16 de Junio se retiró Blucher, con pérdida de 18.000 hombres, y aunque maltrecho á causa de una caída de caballo y pisoteado por la caballería francesa, pudo llevar sus tropas á Wavres á unas cuatro leguas de los Ingleses. Wéllington había renunciado, en efecto, á la posesión de Quatre-Bras, estableciéndose en Mont-Saint-Jean, en la bifurcación de los dos caminos de Bruselas á Nivelles y de Bruselas á Namur, cubriendo de este modo la aldea de Waterloo, en la que fijó su cuartel general, apoyándose en el bosque de Soignes. Reconcentró todas sus fuerzas y ocupó posiciones bien escogidas desde el punto de vista defensivo. Consistían éstas, como en Talavera, en Fuentes de Oñoro y en los Arapiles, en una llanura elevada protegida por un torrente ó una pendiente rápida; pero en esta ocasión había cometido una falta capital, porque en caso de un desastre no tenía asegurada la retirada, pues detrás del ejército inglés sólo había un desfiladero. Los hechos, sin embargo, determinaron en parte el triunfo de Wéllington precisamente por la elección de tan defectuoso campo de batalla, que hacía, si no imposible, cuando menos muy desastrosa la retirada, lo cual le decidió á defenderlo hasta el último extremo. Por otra parte, supo sacar un provecho admirable del terreno.

Napoleón pasó toda la mañana del 17 de Junio practicando reconocimientos para hacerse cargo de la situación; encargó á Grouchy,

recientemente ascendido á mariscal, la misión de contener á los prusianos de Blucher, mientras que él, uniéndose á las tropas de Ney y á las de Erlón, marcharía contra los Ingleses. En la tarde del 17 llegó frente á Wéllington, con un tiempo espantoso de lluvia y viento continuo, acampando en una llanura de cierta extensión en cuyo centro se halla la aldea de Planchenoit, á la derecha del camino de Bruselas á Namur.

En la mañana del día siguiente, 18 de Junio, pudo verse á los

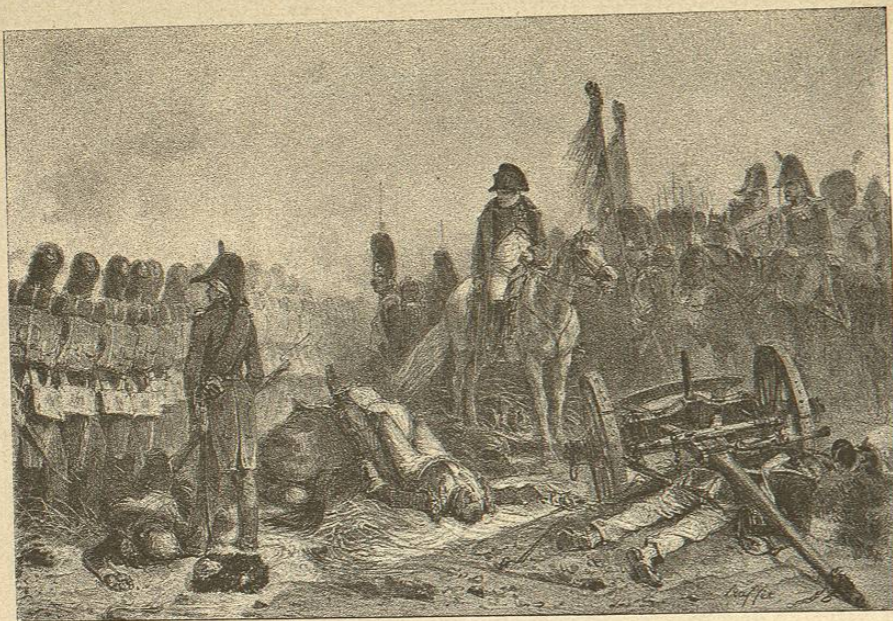


Última carga de los lanceros rojos en Waterloo. (Copia de una litografía de Raffet)

Ingleses formados en la meseta, con su centro en la Haie-Sainte; á su derecha tenían el castillo de Hougoumont y á la izquierda Smoahen, Papelotte y Ohain, en dirección á Wavres, por donde podía llegar Blucher. Las fuerzas de ambos ejércitos eran aproximadamente iguales: el Emperador tenía 72.000 hombres, Wéllington 70.000. En aquel día se iba á jugar la suerte del mundo.

Lo mismo que en Ligny, la batalla comenzó tarde: convenía que la tierra, anegada en lluvia, tuviese tiempo suficiente para afirmarse y permitir las maniobras de la artillería. «Napoleón, con su certero golpe de vista, había reconocido en seguida el punto débil de la posición inglesa: el ala izquierda. En su consecuencia, concibió su plan, que consistía en simular un ataque sobre Hougoumont para llamar

hacia esta parte la atención del enemigo, mientras que el grueso de sus fuerzas atacaría el ala izquierda inglesa rechazándola hacia Mont-Saint-Jean, tratando de cortarle el camino de Bruselas, único punto por donde podía retirarse el enemigo. Además, la división del mariscal Grouchy, destacada en persecución de los Prusianos, tenía orden de reunirse inmediatamente, prolongando el ala derecha de nuestro ejército.» (DUBAIL.)



«Media vuelta á la izquierda! ¡Preparen! ¡Fuego! ¡Carguen! Waterloo, 18 de Junio 1815 á las seis de la tarde (Copia de una litografía de Raffet)

A las once, Napoleón, que acababa de revistar sus tropas entre grandes aclamaciones, mandó atacar el castillo de Hougoumont; pero sus órdenes fueron mal interpretadas, y en vez de una simple demostración se trabó un combate terrible en el que se empeñaron inútilmente tres divisiones, sufriendo pérdidas considerables. Al propio tiempo ordenó á Ney que atacase el centro y la izquierda de los Ingleses; pero las columnas de ataque, por un error de táctica casi inexplicable, se formaron en compactas masas por divisiones de ocho batallones, en las que los proyectiles enemigos produjeron espantosos destrozos. Además, en vez de atacar la Haie-Sante con la artillería, fué conquistada por la infantería, sufriendo pérdidas enormes.

Pero mientras se verificaban estos varios movimientos, la van-

guardia de los Prusianos, mandada por Bulow, amenazaba envolver al ejército francés. Aun era tiempo de suspender la acción y de retirarse con fuerzas casi intactas, y sin comprometer el porvenir; pero Napoleón no pensó en ello y encargó á Lobau que contuviese á Bulow como lo hizo, lo cual no dejaba de ser una singular dificultad, por verse obligado á distraer una parte de su ejército detrás de la línea de batalla. En la derecha, Drouet de Erlón había llegado á las manos con la infantería escocesa cuando los escuadrones ingleses cayeron



Waterloo (18 de Junio de 1815). (Copia de una litografía de Raffet)

sobre la infantería francesa, y en una carga impetuosa (Wellington mandó, según se dice, quitar la cadenilla barbada á los caballos) la lanzaron al fondo del valle; pero los coraceros y los lanceros franceses cargaron á su vez y vencieron á los dragones enemigos. No se había visto nunca, en ninguna de las guerras del Imperio, semejante carnicería (1).

A las tres, Ney, dueño de la Haie-Sainte, y una vez rechazados los Ingleses hasta la llanura, quiso apoderarse de ésta, á cuyo objeto Napoleón le mandó una parte de la caballería. Los coraceros y los lanceros de la guardia ganaron al trote largo la altura de Mont-Saint-Jean; el sol, que ya había salido, hacía brillar los cascos y los sables, y en medio de un inmenso grito de ¡Viva el Emperador!, la caballe-

(1) En este momento de la batalla murieron el general Picton, jefe de la infantería escocesa, y el general Ponsonby, que mandaba los dragones ingleses.